

cio obligatorio general, y aunque se disminuyera la duración del servicio, reduciéndola á diez años, no podría llamarse esto desarme, porque en caso de guerra siempre se tendrían las reservas, pues quedaría en pié la ley que obliga á todos los ciudadanos al servicio militar hasta la edad de 42 años; ni cambiaría en nada la reducción del servicio activo de tres á dos años, porque solo resultarían menos instruidos los individuos de la fuerza armada.

«La reducción de la fuerza armada como la pueden realizar otras potencias solo sería posible en Prusia si renunciara este país al servicio obligatorio y general; pero esto es, y no solo por motivos militares, casi imposible, porque va enlazado con la enseñanza general obligatoria y con el sufragio universal (!), que forman el triple cimiento del poder de la nueva Alemania prusiana.»

Dicho esto, ensalza el coronel Stoffel en términos entusiastas el servicio militar obligatorio y general, con lo cual viene á decir que si en Prusia no existiese este servicio obligatorio lo tendría que inventar, no solamente para su seguridad é invencibilidad, sino como institución grandiosa para la educación de la inteligencia y de la voluntad, para conservar el orden, la obediencia y el cumplimiento de los deberes, el sentimiento gubernativo y el amor patrio; en fin, como una escuela para educar varones de voluntad decidida y de energía para cumplir esta voluntad. Dice Stoffel: «En efecto, no se omite nada para hacer del ejército, no solamente una escuela de guerra, sino también de las buenas costumbres, de la civilización y de perfección, en fin, una escuela complementaria de los demás establecimientos de enseñanza que los individuos han podido frecuentar antes de ingresar en el servicio militar. En ningún otro ejército se cuidan tanto los ejercicios corporales, como por ejemplo, la natación, la equitación, la esgrima y principalmente la gimnasia; en ningún otro ejército hay tantas escuelas de instrucción de toda clase para oficiales, sargentos, cabos y soldados; ni en ningún otro ejército son tan frecuentadas tales escuelas ni en ningún ejército se han desarrollado y se cultivan los sentimientos de honor y dignidad entre los sargentos y soldados por un cuerpo de oficialidad digno, instruido y compuesto de la flor de la nación, como en el ejército prusiano.» Cuanto más se estudian las instituciones y la historia de Prusia, tanto más se conoce la parte esencial que ha tenido en ellas el servicio militar obligatorio; y en efecto, toda la organización militar está fundada sobre el desarrollo de las aptitudes del pueblo, de su energía y de su civilización. La institución de los voluntarios que sirven solo un año impulsa á un grandísimo número de jóvenes de las clases más acomodadas á hacer los estudios preparatorios necesarios para entrar en la clase de estos voluntarios, lo cual eleva también el nivel de la civilización general; porque se sabe que para gozar del beneficio del servicio de un año se exige un exámen que se hace más riguroso á medida que crece el número de los pretendientes. En 1867 la instrucción en los territorios recién anexionados á la Prusia era muy inferior á la de las provincias prusianas antiguas, y en menos de tres años, en 1869, los encargados del exámen de los aspirantes al servicio voluntario de un año observaron un notable progreso en la instrucción.

En resumen, viene á decir Stoffel en su memoria que lo que en Prusia pudiera hacerse para responder al clamoreo de desarme, no sería nunca un desarme verdadero á no ser que fuese completo, para lo cual habría de renunciar al servicio obligatorio, cosa que la Prusia no puede hacer ni lo hará.

Lo singular es, como ya hemos dicho, que nadie en el parlamento prusiano viera lo que vió este coronel francés, pues

que de otro modo no se habría presentado la proposición del 20 de octubre de 1869.

La Prusia no podía, pues, formular una proposición de desarme ni aceptar tal proposición si se le hacía, y por lo mismo hubo de rechazar la que puso en manos del conde de Bismarck el conde de Daru, ministro del gobierno francés, y la que presentó lord Clarendon en 1.º de febrero al mismo Bismarck (1). El ministerio francés estaba compuesto entonces de hombres nuevos, que bajo la presidencia de Emilio Ollivier no podían tener más programa que la paz con el extranjero y la libertad en el interior. Tratábase, pues, en este último concepto de si Napoleón III concedería lo que no había querido conceder el primer Napoleón, con lo cual causó la ruina del primer imperio.

Entre los patriotas alemanes se creyó, pues, que con este ministerio había ganado mucho la paz en Europa, y que de consiguiente la confederación alemana del Norte podía dar un nuevo paso en la política nacional en sentido de la unificación de toda la Alemania. Por lo mismo, los diputados liberales Lasker y Miquel preguntaron á Bismarck por qué se respetaba todavía la línea del Mein y no se admitía en la confederación del Norte al gran ducado de Baden, á pesar de deseárselo y reclamarlo el pueblo y el gobierno de aquel país. Los discursos que pronunciaron sobre este tema los citados diputados en la sesión del 24 de febrero de 1870, no quedaron contestados por el que pronunció después el conde de Bismarck; y hasta el mes de julio del mismo año no se supo por qué habían quedado sin una contestación explícita.

Justamente en aquel mes de febrero hallábase en París con gran sigilo el archiduque Alberto, el jefe del partido austriaco de la guerra, el cual llevaba una misión muy contraria á la conservación de la paz general. Sobre esta misión preguntó el presidente de la comisión de información parlamentaria (2), en 14 de diciembre de 1871, al mariscal Leboeuf en estos términos:

«¿Puede usted indicarnos pormenores sobre el viaje del archiduque Alberto, que uno ó dos meses antes de la guerra vino á París, donde permaneció poco tiempo? ¿Acaso hizo el Austria por aquel tiempo proposiciones y entró en negociaciones?»

El mariscal contestó: «No, que yo sepa. El archiduque mostró mucha deferencia á la Francia, pero yo no creo que haya hecho proposiciones. No he tenido con él más relaciones que las de mera cortesía y solo hemos hablado mucho sobre nuestros ejércitos. No creo que durante su permanencia en París haya habido negociaciones.» A esto dijo el conde de Daru: «Yo era ministro entonces, y no es exacto que no haya habido ninguna negociación.»

Sobre este asunto dice el príncipe Napoleón en el escrito ya citado: «Aumentóse la intimidad con el Austria; la comunicación mútua de opiniones, temores y esperanzas que se originaban de un odio común llegó á ser más y más frecuente, particularmente desde una visita que el archiduque Alberto hizo en los meses de febrero y marzo de 1870 á París. En las entrevistas y conversaciones se trataba particularmente de los puntos militares; poco se temían en estas conversaciones las complicaciones políticas que podrían dar lugar á la guerra, y solo ocupaba la imaginación de los interlocutores la conducta que habían de observar si la guerra estallase. El emperador escuchaba más que hablaba. El general L. (Lebrun) fué enviado á Viena después del viaje del archiduque, con el encargo de discutir las bases estratégicas para cuando la guerra se hiciese inevitable.»

(1) Schulthess: *Calendario histórico de 1870*, pág. 341.

(2) Tomo I, pág. 42.

Esto nos permite suponer que los personajes interesados se habían puesto de acuerdo para empezar la guerra en el año 1870, y que solo se cuidaron de la ejecución material militar, dejando la provocación de la guerra, es decir, la invención del pretexto político, para el emperador Napoleón, con la reserva de parte del Austria de que el tal pretexto no fuese ninguna cuestión de la política alemana, pues que este hubiera sido el mejor medio de arrojar en brazos de Bismarck y del ejército prusiano á toda la nación alemana.

No sabemos si el conde de Beust habría consentido en que el pretexto fuese pedir el desarme, como comprendido entre las cuestiones de política alemana; si bien semejante proposición habría sido el medio más seguro de provocar una guerra con la Prusia. En efecto, cuando, según hemos dicho más arriba, lord Clarendon hizo una ligera tentativa en este sentido en su conversación con Bismarck, éste le contestó que de tal asunto ni siquiera podía hablar al rey Guillermo, y que si, á pesar de todo, lo hiciese, el rey en el mero hecho de una comunicación de tal especie creería que el gabinete inglés había mudado de intenciones respecto de la Prusia, pues que era enteramente imposible para esta potencia cambiar un sistema militar tan profundamente enlazado con las tradiciones del país y que era una base de su constitución federal, además de ser perfectamente normal.

La Prusia no podía desarmar y Napoleón no podía prescindir de la guerra, á no ser que concediese libertades interiores que tendrían por resultado la caída del imperio. En 24 de marzo de 1865 había dicho Ollivier: «Ha llegado el momento de cambiar de rumbo. La juventud francesa malgasta sus fuerzas en la inacción, deseando mejores circunstancias. Una nueva generación quiere entrar en la arena política, y la muerte va abriendo claros en las filas de los servidores y partidarios del régimen que ha prevalecido hasta ahora. Un gobierno prudente no hará concesiones prematuras, porque ha de esperar que las nuevas ideas prueben su razón de ser, pero tampoco debe hacer concesiones tardías que acelerarían con el mesprecio general su caída. Para el imperio ha llegado ahora el momento á propósito, y solo un gobierno fuerte y seguro del día siguiente puede efectuar una revolución sin que á ésta siga como en círculo vicioso la dictadura.»

Esto habría sido muy exacto si la Francia hubiese tenido lo que justamente le faltaba, á saber: una dinastía arraigada y nacional y un partido liberal monárquico. Mas el partido liberal francés era anti-monárquico, su blanco era la república y sus medios anárquicos; y esto se aplicaba muy particularmente á la generación á la cual quería Ollivier admitir en la arena política. Esta juventud tenía por orador, ante el jurado y el parlamento, al abogado Leon Gambetta, y este orador mostraba sin ocultarlo en todas ocasiones un odio fanático é inexorable al régimen imperial, anunciando como único objeto suyo y de sus compañeros el establecimiento de la república (1).

El imperio no pudo, pues, librarse un instante de la lucha por la existencia, en la cual se hallaba cada día más envuelto; y mientras crecía en el país el deseo de libertad, fueron menguando las fuerzas de resistencia del régimen imperial. No pudo negar todo derecho político, si bien cada uno de estos derechos podía servir de arma para derribarlo. Así limitó cuanto pudo los derechos y se los dejó arrancar, reservándose siempre una salida para anularlos. Nunca podía renunciar sin suicidarse al poder legislativo ni á la apelación directa á la voluntad nacional por medio de plebiscitos. Por

(1) Véase su discurso del 19 de abril de 1870 en el banquete de la juventud. *Discours et plaidoyers politiques de M. Gambetta*, París, 1880, página 245.

eso Ollivier incluyó en el senado-consulta que leyó en 28 de marzo de 1870 en el cuerpo legislativo, tres artículos, á saber: Artículo 5.º: «Solo pueden introducirse modificaciones en la constitución á propuesta del emperador y con aprobación del pueblo.» Artículo 13: «El emperador es responsable ante el pueblo francés, al cual tiene el derecho de apelar en cualquier tiempo.» Artículo 14: «El emperador es el jefe del Estado. Manda la fuerza armada de tierra y mar, declara la guerra y hace la paz; concluye alianzas y tratados de comercio, nombra todos los empleados y publica todos los decretos y disposiciones necesarios para la ejecución de las leyes.»

En 8 de mayo se dió el gran plebiscito que la nación francesa miró como una cuestión entre la monarquía y la anarquía, por cuya razón hubo á favor de la primera 7.350.141 votos afirmativos y 1.538.825 negativos; y como entre estos últimos hubo cerca de 48.000 del ejército terrestre y de la marina, se creyó en Alemania, cuando dos meses después estalló la guerra, que estos votos de la fuerza armada habían decidido al emperador vacilante á favor de la guerra, que él creía había de ser victoriosa. Esta creencia de los alemanes era completamente errónea, porque en opinión de los franceses, tanto de los amigos como de los enemigos del imperio, el voto del 8 de mayo dió al imperio la convicción de la fuerza que desde mucho tiempo le había faltado, y creyéndose perfectamente preparado al verse moralmente más robusto que antes, se decidió por la guerra.

El republicano Julio Ferry declaró ante la comisión de información en 24 de junio de 1871: «No tengo inconveniente en decir que el 4 de setiembre tiene su raíz en el plebiscito del mes de mayo de 1870. Esta no es ninguna herejía ni tampoco una lanzada al régimen caído. El plebiscito ha ejercido su influencia de dos maneras sobre los sucesos del 4 de setiembre. Ha inspirado primero una obcecación al gobierno personal induciéndolo á la guerra, y luego ha inspirado una fatal debilidad al cuerpo legislativo, que durante todo aquel tiempo era dueño de la situación y podía salvarla de consiguiente, conforme lo prueba la historia de sus debates.»

En 7 de setiembre de 1871 declaró Gambetta ante la misma reunión: «Yo creía que el plebiscito acabaría en guerra. Del plebiscito viene todo el mal, y expuse mi modo de ver cuando la cámara deliberó sobre él, pues confiar al poder el derecho de declarar la guerra y de hacer la paz, era precipitarse en la guerra. Tan cierto es que al ser declarada la guerra estaba yo convencido de que nos arrojábamos á una fatalidad, que dije entonces: «A ciegas nos dejamos caer en el abismo y la Francia no lo sospecha.»

Pietri, el ex-prefecto de policía del imperio, el jefe de aquel ejército de polizontes que tenía sus espías en cada club y sus excitadores y traidores en todo motin, que sabía minuciosamente cuál era el espíritu del pueblo y cómo se provocaba este espíritu, confirmó que al empezar la guerra el gobierno tenía seguridad completa de su poder y de su fuerza y que se decidió por la guerra sin que sufriese presión ninguna ni temor de presión de la parte del pueblo. Pietri se habría hallado más que nadie en posición de demostrar con números y con los hechos, si hubiese querido, que el pueblo obligó al emperador á la guerra, pues que sus agentes podían probar que se encontraban entre las turbas, que gritaban por las calles: ¡A Berlín! ¡A Berlín! y que no se hallaban presentes cuando los diputados que habían votado contra la guerra fueron insultados y maltratados por las masas. Pues bien, el jefe de esta policía imperial omnisciente y omnipresente, aseguró á la comisión de información parlamentaria que el pueblo había querido la guerra, pero á renglón seguido hizo una pintura tan viva del poder absoluto del jefe del imperio que pro-

bó que la voluntad del pueblo no significaba nada para el poder del emperador; con lo cual quedó completamente refutada la especie, que despues tuvo tantos creyentes, de que el emperador no habia tenido mas alternativa que la revolucion ó la guerra, pues en 20 de junio de 1872 declaró Pietri ante la comision citada: «El ascendiente del gobierno era hasta setiembre absoluto. Las pasiones revolucionarias eran impotentes, y el poder de la autoridad se demostró de un modo evidente cuando la manifestacion motivada por el entierro de Víctor Noir (1). En 11 de enero dijo Flourens á un amigo: «Mañana á esta hora quedará el imperio aplastado,» y en 12 de enero bastaron un comisario de policia y un tambor para dispersar las masas innumerables del pueblo, que llegaron de Neuilly, dirigiéndose á las Tullerías; pues al segundo pregon quedaron en la plaza solo algunos sombreros caidos y dos ó tres individuos que no habian podido huir con tanta presteza como sus compañeros. Lo mismo sucedió en febrero de 1870, cuando se prendió á Rochefort en medio de Belleville, á la puerta del local donde iba á hacerse una demostracion de afecto. En fin, los mas temidos revolucionarios estaban descorazonados y ninguno de ellos creía posible salir airoso, diciendo con pena y rencor: «Jamás cae un gobierno á la primera embestida; la restauracion y la monarquía de julio habian vencido varias sublevaciones antes de hundirse bajo los golpes de nuestros predecesores, y el segundo imperio no ha visto todavía ni una conspiracion como la de Malet.» La verdad es que el país estaba tranquilo, se mostraba lleno de confianza y feliz; el ejército en todas partes decidido y fiel, y la nacion habia manifestado de nuevo con mas de siete millones de votos, en mayo de 1870, su fe en el imperio y en el emperador. Teníamos en Paris una guarnicion bizarra y fuerte; teníamos dos hermosos regimientos de la guardia de Paris y 4,000 municipales, todos gente fiel, tranquila é impávida. Nuestro servicio de seguridad estaba montado para hacer frente á cualquiera contingencia y nos tenia al corriente de cuanto interesaba á la paz pública. Esta era en el mes de julio de 1870 nuestra situacion en el interior; estas eran las bases sólidas sobre las cuales descansaban la grandeza y la suerte del país.»

Se vé, pues, que la libertad del emperador para decidirse y tomar sus disposiciones era la mas completa cuando con el mayor sigilo dió remate á la conspiracion para hacer la guerra á Prusia, conspiracion que hemos visto empezar en 1869 y desenvolverse en febrero de 1870.

Una observacion ó nota en las memorias del conde de Beust hizo que el general Lebrun, cuya mision en Viena mencionó el príncipe Napoleon como sabemos, publicara en el *Figaro*, en 17 de enero de 1887, una revelacion que puso de manifiesto de una manera inesperada la política belicosa secreta del emperador en el mes de junio, tan pacífico, de 1870. Segun esta revelacion, habia sido enviado á Viena el general Lebrun, el hombre de confianza del emperador y el mas iniciado en sus planes secretos, para llevar á cabo en aquella corte las negociaciones de una campaña comun entre la Francia, Austria é Italia, campaña que por primera vez se habia puesto sobre el tapete el año anterior en Paris. Lebrun llegó el 6 de junio á la capital de Austria y expuso por la mañana del dia siguiente el plan de campaña del emperador «al militar mas elevado del imperio austriaco,» es decir, al archiduque Alberto. Este plan decia: «Reunion de 350,000 hombres á orillas del Saar, para caer sobre Maguncia y apoderarse de la orilla izquierda del Rhin; paso de este rio entre Maguncia y Gernersheim con la mayor parte de este ejér-

(1) Asesinado alevosamente en 10 de enero de 1870 por el príncipe Pedro Bonaparte. *Calendario histórico*, pág. 337.

cito para dar la mano á los austriacos é italianos en Baviera; reunion de un ejército intermedio, compuesto de 100,000 franceses, del ejército italiano y de 100,000 austriacos procedentes del Austria meridional. Estos tres ejércitos se juntarán en Memmingen y pasarán desde allí el Danubio y el Mein. El resto del ejército austriaco reunido cerca de Olmutz y en Bohemia marchará en su mayor parte á Baviera para unirse con los ejércitos aliados.»

A este plan se opuso en Viena que ni el Austria ni la Italia se hallaban en condiciones de movilizar y reunir sus ejércitos como Francia; porque si ésta podia en quince dias poner el suyo en campaña, las dos potencias aliadas necesitaban por lo menos seis semanas para formarse y emprender el ataque. En vista de esto se concertó un segundo plan en lugar del primero, sobre el cual el general Lebrun negoció dos dias y cuyas dos principales disposiciones eran las siguientes: «El ejército francés utilizará la rapidez de su movilizacion (quince dias) para engañar al enemigo sobre el verdadero punto de ataque; rechazará con una tercera parte de sus fuerzas al enemigo del Saar y con las otras dos terceras partes pasará el Rhin á los diez y seis dias de haber llamado las reservas á las armas, para llegar lo mas pronto posible á Stuttgart y de allí á Nuremberg, lo cual podrá verificarse dentro de seis semanas desde el llamamiento de las reservas. Si se hallaren numerosas fuerzas enemigas detrás del Neckar en su curso medio ó en las inmediaciones de Nuremberg, se retirará este ejército francés hácia el lado derecho y en el primer caso pasará el Danubio mas arriba de Ulm, y en el segundo lo atravesará mas abajo de esta ciudad, para marchar luego sobre Regensburg.»

«El ejército austriaco se reunirá en Bohemia, situando en seguida un cuerpo de ejército en Pilsen y otro entre Olmutz y Bohemia, y terminará su movilizacion, para la cual necesita por lo menos seis semanas, despues del llamamiento de las reservas.»

«El ejército italiano se reunirá en Verona y Udine y aguardará allí hasta que la actitud de Austria le permita atravesar en ferro-carril sus provincias para llegar lo antes posible á Regensburg. En el momento en que las avanzadas francesas y austriacas se den la mano entre Eger y Weiden, ó sea entre Regensburg y Schwandorf, emprenderán su movimiento los dos grandes ejércitos en direccion de las llanuras de Sajonia, facilitándose mutuamente las respectivas marchas al través de Baviera y desde la Bohemia á Sajonia. En el caso de que los prusianos invadieran la Bohemia antes de que hubiesen empezado las marchas que acaban de indicarse, el ejército austriaco evitará todo encuentro decisivo y procurará quedar en contacto con el grande ejército francés para asegurar su union con él.»

Para el caso de que este segundo plan no fuese aceptado ó encontrara dificultades en la ejecucion, se propuso un tercer plan de campaña, segun el cual el ejército austriaco debia tomar posiciones en Bohemia y Moravia para marchar sobre Berlin seis semanas despues del llamamiento de las reservas. Tres semanas antes el ejército francés debia invadir el Palatinado, mientras otro ejército descenderia por la cuenca del Mosela. Tan pronto como hubiese llegado el ejército principal á Maguncia, se procuraria pasar el Rhin cerca de Mannheim, despues de haberse reforzado allí con un cuerpo del segundo ejército que habria bajado por la cuenca del Mosela. Antes de haber pasado siete semanas desde el llamamiento de las reservas avanzarian los franceses por el Mediodía de Alemania para dar allí la mano al ejército italiano, penetrarian en el Hesse electoral y en la Turingia y se dirigirian desde allí al Elba, al Norte de Magdeburgo. El ejército italiano debia, segun este tercer plan, reunirse junto al Inn,

derrotar despues á los bávaros y llegar hasta Regensburg.

Todos estos planes dependian de dos condiciones: de reunir la Francia un ejército de 400,000 hombres á orillas del Saar y de evitar despues toda batalla decisiva hasta que el Austria y la Italia pudiesen prestar su cooperacion. En este tiempo de seis semanas que necesitaban el Austria y la Italia para reunir sus ejércitos, observaron ambas potencias la neutralidad, pero hicieron preparativos tan rápidos, que llamaron la atencion de la Prusia y obligaron á esta potencia á tomar con una parte de su fuerza armada medidas preventivas contra las primeras operaciones de los franceses.

Tambien estaba convenido que en el momento de pasar el ejército principal francés el Rhin, el emperador Napoleon se declarase públicamente protector de la Alemania del Sur contra la opresion prusiana, con lo cual Napoleon esperaba desprender de la Prusia los Estados del Sur, ó en todo caso paralizar su actividad y la marcha de sus tropas.

Todo esto estaba previsto y calculado hasta en los mas insignificantes pormenores y teniendo en cuenta todas las contingencias.

El general Lebrun regresó en 21 de junio á Paris y al dia siguiente presentó al emperador una memoria sobre su mision, cuya publicacion, dice el informe, si se hubiera hecho habria cambiado completamente el aspecto de los sucesos de 1870. Ante todo demostraria que estaba decidida la declaracion de guerra para mediados de julio y resuelto el paso del Rhin para fines de julio y que la disputa con motivo de la corona de España fué una pura farsa para impulsar á la guerra al rey Guillermo. La guerra estaba decidida, cualquiera que hubiese sido la respuesta del rey de Prusia, y sobre esto veremos todavía revelaciones sorprendentes en la conducta del duque de Gramont.

Napoleon estuvo muy disgustado por las seis semanas de plazo y dijo que las disposiciones extraordinariamente simpáticas del Austria le habian hecho esperar una actitud mucho mejor; mas el general Lebrun le tranquilizó luego observándole que seguramente podria modificarse y mejorarse mucho por la via diplomática, y esto era ciertamente verdad y habria sucedido así si Napoleon no hubiese quedado desde un principio completamente derrotado, contra todo lo que los interesados esperaban. En Viena y en Florencia se contaba por seguro el triunfo de las armas francesas, y esta persuasion de Víctor Manuel autorizaba á los dos emperadores á contar con la alianza de Italia aunque hubiese quedado pendiente la cuestion de Roma; porque si no tomaba parte en la alianza no hubiera podido esperar nunca nada de Napoleon en el caso, para todos los aliados indudable, de la victoria de los franceses.

Sobre este fondo aparece el debate del cuerpo legislativo en la sesion del 30 de junio de 1870 bajo una faz enteramente nueva, y se comprende lo que significaba la declaracion del ministro de la Guerra Leboeuf cuando dijo que para el año siguiente pedia solo 90,000 hombres en lugar de 100,000, rebaja hecha por el gobierno para excitar á las demás potencias al desarme. Añadió que esta excitacion no habia encontrado eco, pero que el gobierno francés continuaba en su reduccion citada y que á mas no podia adelantarse ínterin no encontrara imitadores. Con esto concuerda lo que en 1.º de febrero habia dicho el conde Daru á lord Clarendon, á saber: que estaba convencido de que el tiempo y la reflexion inducirian al canciller de la confederacion del Norte de Alemania á tomar en seria consideracion la proposicion de desarme que le habia hecho la Inglaterra; y que si desde el primer dia habia rechazado toda discusion respecto de este asunto, se haria oír muy pronto el interés de la Prusia y de Alemania para ablandar su resistencia, porque no queria levantar

tar contra sí la opinion de todo el país; y que variaria de actitud cuando se le quitara el único pretexto, á saber: el ejército francés, tras del cual únicamente podia parapetarse. Creían los franceses haber inutilizado este pretexto con pedir 10,000 hombres menos para la quinta de 1871. Estando segura la Francia del auxilio armado del Austria y de Italia y decidida por la guerra, podia pedir cualquier dia á la Prusia que siguiera su ejemplo de desarme, si el emperador no encontraba otro pretexto.

No se comprende cómo pudo decir Ollivier en la ya citada sesion del cuerpo legislativo: «En ningun tiempo ha estado tan asegurada la conservacion de la paz como ahora. A cualquiera parte donde se dirija la vista, no se puede descubrir cuestion alguna que encierre peligros. Todos los gabinetes han comprendido que se deben respetar los tratados, principalmente el de Paris de 1856, que asegura para el Oriente la paz, y el tratado de Praga de 1866, que asegura la paz á la Alemania, y ambos tratados garantizan la paz de Europa.»

La paz que tan asegurada parecia en 30 de junio fué quebrantada seis dias despues por aquel mismo ministerio francés, y si Ollivier en la sesion citada habló de aquella suerte, era preciso que ignorara completamente lo que á su emperador ocupaba desde hacia un año, ó aquella observacion era una farsa indigna de él.

Entre la destitucion del conde Daru y el nombramiento de su sucesor el duque de Gramont, es decir, desde el 14 de abril hasta el 15 de mayo, habia sido Ollivier ministro interino de Negocios extranjeros, y en este tiempo habia echado una mirada á los misterios de la diplomacia imperial que le llenó de espanto, diciendo sobre esto posteriormente: «Ya veía al emperador prosternado de rodillas ante la Europa, la Francia ultrajada y engañada.» De estas palabras se infiere que Ollivier habia adquirido conocimiento de la correspondencia de Benedetti y del ministro tocante á los países del Rhin, de la Bélgica y del Luxemburgo; pero de esto no puede inferirse que el emperador le hubiese iniciado en su correspondencia con los monarcas de Austria y de Italia ni menos tocante á las negociaciones militares del general Lebrun con el archiduque Alberto. En este caso se explicaria que Ollivier no hubiese creído tan inminente la guerra; pero la proposicion de desarme hecha por el conde Daru en 1.º de febrero y el discurso de desarme pronunciado por el mariscal Leboeuf en 30 de junio, y mas que todo las preguntas hechas entonces á Benedetti tocante al mismo asunto (1), prueban que el ministerio Ollivier debió de tomar en seria consideracion la cuestion del mejor pretexto para declarar la guerra á la Prusia, y esto basta para calificar la conducta de Ollivier en la sesion del 30 de junio ó de imperdonable friolidad ó de especulacion inicua de bolsa.

#### CAPITULO IV

##### LA CUESTION DE LA ELECCION DE UN REY PARA LA NACION ESPAÑOLA

Entre los cuatro príncipes que en 1869 pretendieron el trono de España, se encontraba el príncipe heredero Leopoldo de Hohenzollern; y como era católico y estaba casado con la hermana del rey de Portugal, parecia reunir circunstancias que le recomendaban á los españoles. Esto hizo suponer á Benedetti que la permanencia del diplomático español Rancés y Villanueva en Berlin, á fines de marzo de 1869, á su paso para Viena, habia tenido este motivo, y para averi-

(1) Benedetti: *Mi mision en Prusia*, pág. 287. Las respuestas de Benedetti llevan la fecha del 25 de febrero y del 8 de marzo de 1870.